

TUDELA EN 1791⁽¹⁾

(SEGUN LAS NOTAS DE UN EMIGRADO GASCÓN)

PRÓLOGO

Al recibir el número 4.º de la “Revista internacional de los estudios vascos,” año 18, tomo XV, Octubre a Diciembre de 1924, nos vimos gratamente sorprendidos leyendo en el sumario “Tudela en 1797,” según las notas de un emigrado gascón.

Hojeamos la revista, fijándonos exclusivamente en el artículo que nos ocupa, y a medida que nos entretenía su lectura aumentaba nuestro deseo de su divulgación por ser asunto muy interesante para cuantos nos preciamos de hijos de Tudela y previo el correspondiente permiso y hecha la versión del francés al castellano lo más fiel y literalmente posible, la ofrecemos a nuestros lectores rogándoles a la vez se sirvan dispensarnos algún galicismo o frase no muy gramatical, por no querer separarnos ni un punto del sentido del autor traduciendo exactamente sus palabras.

NOTAS PRELIMINARES

Juan Antonio Zamacola proscrito en su cualidad de afrancesado y refugiado en Auch en 1818, publicaba allí su “Historia de las naciones vascas,” fruto de la falta de ocupaciones de su emigración. En una nota de esta obra dice haber redactado un manuscrito presto para su publicación titulado “D. Preciso en Francia (2) donde ha anotado sus observaciones sobre los usos y costumbres de los habitantes del Sud-oeste de Francia.

¡Qué no daríamos hoy por encontrar esta obra que se ha extraviado después de la vuelta del autor a España y su muerte! Solo en

(1) La traducción de este artículo es debida a D. Joaquín Fuentes. Al final se agregarán notas que aclaren y completen el sentido del texto, entresacadas principalmente de los *Apuntes tudelanos* de D. Mariano Sainz y P. de Laborda.

(2) Antes de su destierro J. A. Zamacola había publicado con el seudónimo de D. Preciso una colección de poesías populares, aun hoy estimada.

los trabajos de los viajeros extranjeros es donde se pueden encontrar datos sobre el modo de vivir de nuestros antepasados. Una multitud de costumbres originales pasan inadvertidas a los ojos de los indígenas hasta el día en que desaparecen sin que nadie haya pensado en anotarlas. Los diarios de viaje, voluntario o forzoso, presentan, pues, en general interés, cuando el autor nos hace conocer sus observaciones sobre los países que ha visitado.

Una veintena de años antes de la época de la estancia de J. A. Zamacola en Gascuña, España había servido de refugio a los emigrados franceses. Son las notas de uno de ellos sobre la ciudad de Tudela las que publicamos hoy.

El autor José Branet nacido en Auch el 23 de Octubre de 1750, era el cuarto de los doce hijos de José Branet, notario real de dicha ciudad. Alumno primero del colegio de Auch, hizo sus estudios de teología en la Universidad de Toulouse donde obtuvo el grado de Doctor. Capellán de Garaison (1), fué enseguida cura de Lanjurán y de Larroque-Ordán, diócesis de Auch, y después de Beaumont de Lézat, en la diócesis de Toulouse, sin duda por renuncia de su tío materno Luis Degage. Cuando la Asamblea Nacional votó la constitución civil del clero se negó a prestar juramento. “Estoy bien mortificado, dice en una carta a uno de sus hermanos, de decirte que no he prestado juramento. Mi conciencia se opone siempre a ello. He buscado vanamente volverme a todos los lados, siempre un gran no se me ha presentado. Te lo digo tan enérgicamente como hubiera dicho si, si hubiera sido conforme a los principios de la religión. Persisto sin testarudez en mi primera respuesta y estoy íntimamente convencido de que no puedo ni debo dar otra. Pierdo seis mil libras de renta, mi estado, la consideración de que gozaba: ¡qué importa! me quedan una conciencia pura, mi honor y hermanos. Estos bienes me bastan., (28 de Noviembre de 1791).

Fué sustituido en efecto en su parroquia por un sacerdote intruso llamado Serres. Vivió sin embargo bastante tiempo en Francia ocultándose.

Estaba todavía en Toulouse en el mes de Agosto de 1792. Fué poco después cuando pasó a España, fué primero a Zaragoza, después fué enviado por la autoridad eclesiástica a un convento de Teruel (2) donde permaneció hasta el 28 de Junio de 1797. Después de

(2) La capilla de Garaison, entonces diócesis de Auch y hoy de Tarbes, estaba servida por doce capellanes. Garaison es la cuna de los Padres de Lourdes.

(3) Había en los conventos de Teruel, veinticuatro eclesiásticos franceses de los que uno solo era de la diócesis de Toulouse. Era, evidentemente, J. Branet. (Contrasty. El clero francés refugiado en España, Revista de Gascuña, 1909, pág. 32).

un ensayo infructuoso de entrada en Francia volvió a Zaragoza, después vivió en Tudela, Roda (diócesis de Lérida), Monzón y por fin Sádaba. Volvió a Francia en cuanto se lo permitieron las circunstancias y salió de España por Benasque. Volvió en seguida a su parroquia el 18 de Diciembre de 1800. En 1803 “aprovechó la ocasión de que el Concordato declaraba vacante su beneficio,, para retirarse a Toulouse. Monseñor Primat, Arzobispo de Toulouse le nombró canónigo honorario de su catedral y promotor de su diócesis. Es allí donde pasó los últimos años de su vida, practicando la predicación en las principales iglesias de la ciudad. Murió en Diciembre de 1823.

(1) José Branet había redactado el relato de su destierro a España con sus observaciones sobre los países que había visitado. Este relato ocupaba cuatro cuadernos. Desgraciadamente el primero de estos cuadernos que relataba su salida de Francia y estancia en Zaragoza y Teruel se ha perdido. Los otros tres están en mi poder. En el tercero se encuentra su estancia en Navarra.

* * *

TUDELA EN 1797

..... Llegamos al Bocal donde comienza el Reino de Navarra.

30 de Noviembre de 1797.—Me hubiera detenido gustoso en este sitio encantador para considerar su belleza pero era ya tarde. Todos los pasajeros eran esperados por sus domésticos que les aguardaban con caleras o caballerías. Desaparecieron como un relámpago y me encontré solo con mi compañero. No teniendo medios de hacer llevar mi saco de noche bien y debidamente lleno, lo cargué sobre mis espaldas, no obstante su peso, y fuí a pié hasta Tudela que dista una legua del Bocal. La noche era oscura, estaba empapado de sudor, las tinieblas me impedían ver donde ponía los pies: tuve la desgracia de perderme por culpa de mi compañero, que decía conocer el camino, y en cuya palabra me fié. Por suerte encontramos un muchacho joven que nos encaminó otra vez. Tras vueltas y revueltas dimos al fin con el camino real. No estábamos tranquilos por ésto; el menor ruido nos hacía temblar por el temor que teníamos de ser robados;

(1) Su vajilla de plata y un sello con que sellaba sus cartas llevaban las armas que usaba: guante de armas desnudo de plata en azur saliendo de la izquierda teniendo una rama de brezo.

felizmente mi compañero que había estado en aquella ciudad, oyendo una campana, me tranquilizó diciendo: ya llegamos. Es costumbre en casi toda España tocar, de cuando en cuando, en invierno una campana grande, de nueve a diez de la noche, para indicar a los caminantes extraviados que están cerca de un lugar habitado.

Estas palabras me infundieron ánimo: la esperanza de una próxima llegada templó un poco el sudor de que estaba inundado y comencé a percibir a lo lejos algunos rayos de luz que dejaban escapar los ventanillos mal cerrados de las ventanas y que aquí reemplazan a los cristales, que aquí son muy raros.

Únicamente después de haber llamado en varias puertas y haber esperado bastante en la calle fuimos admitidos cerca de la hermosa calle de Herrerías, donde alquilé un cuarto a razón de diez pesetas al mes y donde me puse en pupilaje es decir; que, además del cuarto y la cama, se comprometían a facilitarme lo necesario para mi subsistencia y comprar mis provisiones. Al día siguiente fui a hacer una visita a Monseñor Simón de Casaviella que, tres días antes, había tomado posesión de su Obispado. Después de algunas dificultades y dos o tres viajes o visitas me permitió vivir en la ciudad y celebrar Misa, gracia que debí, sin duda, a su festivo advenimiento y que él no quiso concederme de seguida.

Se lo agradecí gustoso porque quería probar si el cambio de aires me sería favorable. Si embargo, de hecho, me hubiera servido mejor negándomelo porque las misas eran allí muy raras y la retribución mediana. Por otra parte los sacristanes eran allí de un ceño insoportable. ¡Cuántas veces me han metido prisa durante el adorable sacrificio para que abreviase las ceremonias, como si esta augusta función pudiese incluirse en la clase de las acciones ordinarias! Me lamentaba de ello a solas. Me anticipaba a portarme con ellos de una manera agradable, inútilmente les interesaba en mi servicio con una propina que les daba con regularidad, cada día: era trabajo perdido para mí; además de la pequeña propina, estaba obligado a poner las velas si quería celebrar la Santa Misa y el vino que daban, en algunas iglesias, era en tan pequeña cantidad que a penas bastaba para la materia del Sacramento.

Los desgraciados nunca tienen razón; la paciencia era mi único recurso y un día, entre otros, en la iglesia de los Jesuitas, aunque había llegado de los primeros a la sacristía, dejaron pasar a celebrar a siete sacerdotes, uno tras otro, antes de permitirme a mí, así que tuve harto tiempo de ejercitar aquella virtud.

El tiempo que precede a Navidad se emplea en Tudela, como en el resto de España, en hacer regalos a los de Madrid, a los podero-

sos para obtener su protección, a los parientes y a los amigos. No hay tonel de buen vino que no se barrene. Se ven marchar cántaros llenos de mosto cocido y miel, una prodigiosa cantidad de quesos, de mazapanes, de pasteles hechos con huevos y leche, en fin de todo lo que puede producir el país. En estos días no hay cerdo que no se condene a muerte, ni corral donde el gallo no se quede viudo. Los patos y capones, atados por las patas, publican por las calles y caminos la desgraciada suerte que les espera. Todo en este tiempo es movimiento y confusión. Los confiteros apenas pueden cumplir los encargos que reciben. Los arrieros están comprometidos con un mes: de antelación para el transporte de estos presentes. Me llegó, por mi parte, alguna pequeña salpicadura que me enviaron dos señoras vecinas de donde vivía y con las cuales iba algunas veces a pasar el rato en invierno antes de cenar.

Tudela tendrá una población de unas nueve mil almas, es cabeza de merindad, situada en la margen del Ebro sobre el que hay un puente de piedra de diez y siete arcos, pero tan estrecho que dos carros a la vez pasarían por él con dificultad sino fuera por unos ángulos salientes que se han practicado de trecho en trecho para facilitar su paso. Está a los 42 grados y 10 minutos de latitud, al pié de una colina, de manera que la mayor parte de la Ciudad está en su ladera.

Las calles son malas y poco limpias. La iglesia colegial, desde hace poco erigida en Catedral, es un edificio gótico; las capillas de Santa Ana y de la Concepción, que están enfrente una de otra, no presentan nada curioso al artista instruido. Si las calles son estrechas y poco alineadas, a la manera de los moros, es una precaución necesaria para resguardarse de los ardores del sol que, sin esto, serían insoportables. La plaza nueva, donde se dan las corridas de toros y las novilladas, es hermosa y de forma cuadrada. Las casas tienen en ella cuatro pisos, construídas de manera uniforme y adornadas de tres filas de balcones para los aficionados. Medio siglo de instancias costó a los tudelanos la erección de su colegial en Obispado que tiene muy poca extensión y que es un desmembramiento del de Tarazona. Hay en la ciudad ocho parroquias, seis conventos de religiosos, a saber; los Dominicos, los Carmelitas, mayores y menores, los Franciscanos, o menores, los Capuchinos y los Padres de la Merced; cuatro conventos de religiosas, a saber: las llamadas de la Enseñanza, las Capuchinas, las Clarisas y las Dominicanas; un Hospital y una casa de Misericordia los dos mal administrados. Se verifican dos ferias francas; la primera el 3 de Marzo y dura veinte días; la segunda el 22 de Julio y termina el 15 de Agosto. Los comerciantes franceses e italianos establecidos en Pamplona sostienen estas ferias en

la calle de la Ruga. A lo largo del Ebro está el paseo llamado del Prado que sería encantador si estuviese mejor entretenido.

Entre los edificios públicos observé la carnicería que es un gran edificio de piedra, bastante curioso. Está dividido en varios departamentos elevados donde están los carniceros con la carne detrás de ellos y el pescado delante. Para prevenir el fraude el precio está tasado y el pósito, que es un almacén público que el Ayuntamiento tiene cuidado de sostener, bien provisto de pan para evitar los disturbios que procura ordinariamente la falta de ese artículo de primera necesidad. La Casa-Ayuntamiento es bastante buena. Hay en el interior una soberbia sala donde a veces se dan bailes. En la planta baja hay siempre pan para vender y delante está el mercado de verduras. Las revendedoras se sirven de balanzas que consisten en dos cestillas atadas a los extremos de un palo y suspendidas de dos cuerdas. Esta costumbre me agradó; la fruta que se vende al peso es más limpia.

Los navarros son muy celosos de su nobleza. La fachada de casi todas las casas de la ciudad está adornada con las armas del propietario esculpidas en piedra y fijadas sobre la puerta principal. A veces hasta se ven, al lado de este escudo principal, *vitores* que son tableros de madera pintada sobre los que se escribe en letras mayúsculas los altos hechos de la familia o la promoción de alguno de sus miembros a un puesto honorífico. Se dice que gustan pasar por liberales, y que lo son en efecto; quisiera creerlo; pero lo ignoro.

Es verdad, sin embargo, que me regalaron un día un gran plato de mostillo, que se aprecia mucho. No es otra cosa que vino cocido hervido con harina y al que se mezclan algunas partículas de nuez y que se parece bastante al *raisiné*.

Esta parte del reino de Navarra no es tan comerciante como podría serlo dada su situación. Sus habitantes se contentan con vender lo supérfluo de su vino y de su aceite al extranjero. He aquí poco más o menos, a lo que se reduce el comercio de Tudela. Hasta su vino que tiene reputación, me pareció demasiado dulce y sospecho, con fundamento, que lo adulteran con azufre y otros ingredientes. El rancio es justamente estimado, sin embargo, el de los pueblos cercanos me pareció mejor. En cuanto al aceite sería aun mejor si estuviese manipulado. Los tudelanos no dejan entrar jamás en su ciudad ni el vino ni el aceite que viene de Aragón, aunque es de tan buena calidad y más barato. Si alguno, a pesar de esta prohibición, intenta introducirlo en la ciudad y lo sorprenden, le revientan el pellejo y derraman el vino, manía singular que priva al pobre de procurarse a menos gastos parte de sus subsistencias y que no va más que en ventaja del rico propietario que impone la ley y tasa sus propios produc-

tos. Por lo que se refiere al trigo; todo panadero, toda persona que hace pan para el público está obligado a comprarlo en el pósito.

He observado además en Tudela y sus alrededores fábricas de regaliz, jabón y salitre. El regaliz, como todos saben, es la raíz de la planta de ese nombre. Crece con tal abundancia en los alrededores de la ciudad y se multiplica tanto que ocuparía en pocos años todos los campos si no lo trabajasen con precaución. He aquí, según lo que he visto, como se hace el jugo de regaliz: lo primero se tiene cuidado de recoger la cosecha en invierno, es decir, antes que la planta empiece a brotar. Amontonado por carretadas en el almacén, unos hombres lo cortan en pedazos que se aplastan en seguida bajo una gruesa muela de piedra que unas caballerías hacen girar verticalmente. Se ponen estas raíces aplastadas en una gran caldera, donde se pone agua para hacerlas hervir. Después de un determinado tiempo de coción, se ponen estas partes de regaliz medio cocidas en capachos colocados horizontalmente unos sobre otros y se prensan fuertemente mediante dos husillos. El jugo que sale de esta prensa se vierte en otra cuba, donde se cuece de nuevo y cociéndose se vuelve negro. Cuando de líquido, como estaba antes, empieza a tomar cuerpo se lleva este jugo a unas mesas donde unas muchachas le dan a mano la forma de pequeños panes; aprovechan para ello el momento en que la pasta está aún muy caliente porque sinó se vuelve frágil y no sería apta para tomar la forma que se le quiere dar. Se hace con él un gran comercio. Los holandeses lo emplean, según me dicen, para su cerveza. Me añadieron, que, descontentos de la coción demasiado fuerte que le dan los fabricantes españoles, los holandeses se han decidido a comprar la raíz de regaliz al natural para prepararlo a su gusto lo que haría caer a las fábricas españolas, faltas de satisfacer el gusto de sus comitentes.

El polvo que se recoge en ciertas calles de la ciudad, en sus plazas públicas y los grandes caminos que la rodean, sirve de primera materia para el salitre. Esta primera operación se hace sencillamente rascando su superficie con instrumentos de hierro. Cuando se ha reunido suficiente cantidad se llenan tinas de madera y se pone agua por encima. El agua pasando a través de este polvo, disuelve las partes salinas que contiene y va escurriendo a depositarlas en tinajas o pequeños depósitos. Esta agua, cargada de partículas de hierro, se echa en seguida en una caldera donde se hace hervir hasta el grado de coción necesario; después se la trasvasa a pequeñas cubetas aliñeadas cerca de la caldera grande. Estas cubetas pequeñas, o vasi-
jas de tierra se aglomeran y forman cuerpo estas partículas salinas

que toman primeramente el color de hábito de capuchino y luego se vuelven blancas. Así es como he visto fabricar el nitro o salitre.

El gobierno no daba al fabricante, en la época que me enseñaron este taller, más que 22,50 pesetas por arroba (de 36 libras de a 12 onzas cada una). El fabricante está obligado a suministrar anualmente al rey una determinada cantidad; es verdad que goza de algunos privilegios.

En cuanto al jabón, crece en los alrededores de Tudela una hierba cuyas cenizas lixiviadas sirven de primer a materia para su confección. Estas fábricas son buenas: las de Murillo y Arguedas tienen reputación. En lugar de aceite un sacerdote francés se servía de grasa de buey y de carnero. Su jabón resultaba negro, pero era de buena calidad. Sobre todo los barberos le preferían a otro.

Las novilladas se verifican a menudo en Tudela. Se entiende por novilladas corridas de toros jóvenes. Aquí el combate no es a muerte. El pueblo se entrega a ellas con pasión y le entusiasman tan locamente que venderían su camisa por tener una entrada; pero, felizmente, no cuestan nada. Creerían no haber celebrado las principales fiestas patronímicas si no estuviesen terminadas por este espectáculo, a veces bien peligroso. Hasta cuando la sequía perjudica a las cosechas, el pueblo no deja de echar la culpa a las autoridades que no han ordenado una fiesta, es decir un regocijo público, en honor de tal o cual Santo. Si, al contrario, llueve después de una novillada, atribuye la lluvia a la intercesión del Santo en nombre del cual se ha celebrado la corrida. Creo que sería muy peligroso suprimir este espectáculo al que el pueblo acude en masa y que ve con un placer siempre nuevo.

Se eligen al efecto toros de tres o cuatro años que no se han sometido jamás al yugo, que se crían con cuidado lejos de las habitaciones del hombre para que sean más bravos. Se lleva la precaución hasta practicar cercados en medio de vastos despoblados para hacerles pasar en ellos toda su vida. Se les separa con cuidado de las vacas; se les deja solos con el toro padre.

Cuando se ha señalado el día de una novillada los pastores conducen al toril los novillos pedidos a una hora fija que se advierte al público para que adopte precauciones y no haya que lamentar accidentes. Cuando ha llegado la hora del espectáculo, que suele ser hacia las cuatro de la tarde, el señor Alcalde o juez que administra justicia y los regidores van a ocupar su asiento en el balcón destinado a la Ciudad. El clarinero anuncia con su instrumento que va a empezar la función. Al momento el toro, al que se ha tenido cuidado de picar para ponerlo más furioso, se lanza a la arena donde estaban

ya algunos centenares de muchachos jóvenes que le silban y gritan y terminan por excitar al pobre animal para hacerse atacar. Sus primeras embestidas son de temer. Los más diestros, o más atrevidos se exponen a ellas. Cuando el toro los persigue corren a todo correr a uno de los lados del circo a lo largo del cual hay cuerdas colgando donde se enganchan para levantarse y evitar las cornadas. Si preven que les cogería antes de poder llegar a ellas hacen una pirueta a un costado. El toro, dominado por su movimiento rápido, sigue su camino mientras que otros van a citarlo para impedirle que vuelva sobre sus pasos y libertar así al que corría algún peligro. Cuando el novillo está fatigado los menos atrevidos se acercan y van a provocarle con el sombrero, el pañuelo, la manta o la faja (la faja es un cinturón de paño o tela con que los españoles envuelven parte de su cuerpo). Sucede a menudo que pasando demasiado cerca reciben una cornada que les rasga el pantalón por detrás, y la piel o les tira al suelo. Un segundo toque de clarín avisa cuando es tiempo de retirar este novillo y sustituirle por otro y así sucesivamente hasta siete u ocho algunas veces. Unos son más bravos y corren mejor que otros, lo que dá a esta diversión una variedad que agrada. A veces para cambiar la escena se pone en medio de la plaza un maniquí de mimbre bajo el cual se oculta un joven agil y diestro. Rara vez deja el novillo de embestir a este objeto; lo derriba a la primera y el muchacho se salva por piernas. En la novillada a que asistí habían puesto hacia la puerta del toril una estatua vacía en la que habían encerrado gatos y crías de zorros. El toro cerró hacia ella, la reventó, zorros por un lado, gatos por otros se escaparon en diferentes direcciones; el toro asustado huyó y no se oyeron más que risas estrepitosas. Bastante a menudo también se colocan en la arena dos figuras de madera que representan un hombre y una mujer. Están colocadas de manera que ruedan sobre el mismo pivote. El toro que las toma por un hombre y una mujer va hacia ellas, les dá cornadas, les hace girar sobre su centro y retrocede espantado.

A. BRANET.

(Continuará)

